

manera más original y más completa que los Cebuneyes, aunque, según parece, habían llegado éstos á un notable grado de cultura. Siendo grandes navegantes, se aventuraban muy lejos sobre las aguas en anchas embarcaciones que, en caso necesario, podían contener toda la población — algunos centenares de individuos — que vivían ordinariamente en las barracas ó casas comunes. Lo mismo que los Chinos, habían aprendido á domesticar animales para la pesca, reteniendo por medio de una cuerda un pescado con ventosas, el famoso *pegadón* (*Echepeis naucratis*), que lanzaban contra la tortuga franca y atraían á la barca con su víctima ¹.

Del mismo modo que el continente del Sud, el del Norte americano no podía suministrar territorio favorable al desarrollo de una civilización próspera sino en la menor parte de su extensión. Las costas de la Groenlandia y las del Archipiélago polar albergaban solamente algunos pescadores muy diseminados, y si no se hubiesen ayudado contra su mala situación por la más estrecha solidaridad, no hubieran podido resistir á las causas de disgregación y de muerte que les rodeaban. En el espesor del continente, las interminables llanuras heladas del «gran Norte», donde ni siquiera existen ya los árboles enanos, son recorridas por escasas tribus de Indios que se alimentan con animales que pacen el musgo, y es rarísimo ver hombres que logren aclimatarse á pesar de todo en países tan fríos, tan ásperos y privados de todo recurso. Bajo las latitudes templadas, donde el cielo es más dulce, hay diversas regiones desfavorables al hombre, sea á causa de sus costas bajas y de sus pantanos difíciles de franquear, como las flechas litorales y las ciénagas de la Carolina; sea por sus lagos, que transforman toda la comarca en un laberinto, como ciertas partes del Canadá, del Michigan, del Wisconsin, ó también por el espesor de los bosques, donde falta toda variedad que remueva el curso de los trabajos y los hábitos del pensamiento, como casi todo el territorio laurentino. ¿Cómo podrían ser habitadas las mesetas salinas ó nevadas de las Rocosas, ni las grandes llanuras del Oeste, casi sin agua, más que por cazadores nómadas? Escasos eran los oasis donde llegaban á cobijarse las tribus esparcidas, in-

¹ Felipe Poey, *Memorias sobre la historia natural de la Isla de Cuba*.

capaces de instalarse en parte alguna en un grupo formando nación.

Como lo atestigua una carta de la densidad actual de la población, á una tercera parte de los Estados Unidos puede evaluarse la superficie de las diversas regiones donde los habitantes gozaban de condiciones telúricas

y climáticas favorables á su desarrollo, á condición, no obstante, de no hallarse en estado de guerra incesante y que su actividad no consistiese en exterminarse mutuamente. Entre los pueblos de Pieles Rojas, los más felices parecen haber sido las que vivían á la orilla de los estuarios de abundante pesca, mientras que los cazadores, en la estrechura de sus bosques donde la parte de alimento necesaria al hombre representa un gran dominio de la montería, entraban frecuentemente en lu-



Museo de Etnografía del Trocadero.

CORTÉS ALIMENTANDO Á SUS PERROS CON ESCLAVOS

cha en los confines de sus territorios respectivos. Las matanzas, las destrucciones de campamentos y las emigraciones lejanas, que traían siempre, con la pérdida de fuerzas, un retroceso de la civilización, eran los acontecimientos más comunes de la historia precolombiana; sin embargo, muchas instituciones locales, salvadas del naufragio de la raza, lo mismo que los discursos, los proverbios y los cantos, demuestran que el espíritu de los indígenas se había ele-

vado á una gran altura de pensamiento y que había adquirido una gran profundidad en el conocimiento de las pasiones. Desde ese punto de vista, no hay grupo étnico más interesante que aquel á quien los sociólogos norteamericanos han dado el nombre de «Amerindianos», siendo de pronunciación poco agradable, y por lo mismo condenado sin duda á no entrar definitivamente en la lengua científica.

En el continente septentrional del Nuevo Mundo, la civilización más claramente caracterizada fué la del pueblo mejicano, y precisamente la meseta que se ha designado en su conjunto con el nombre de Anahuac, que pertenece especialmente á una porción del territorio, constituye una fuerte individualidad geográfica, cuyos rasgos ayudan á comprender los destinos de la nación. Hacia su extremidad meridional levántase esa meseta como una muralla y presenta escarpes de subida difícil que, desde la orilla del mar se elevan hasta la región de las nieves y ciñen como con bandas de diferentes colores, climas distintos que forman la separación de las poblaciones respectivas de las diversas alturas, de donde resultaba que los residentes de la meseta, encerrados en el alto recinto, casi no habían de temer los asaltos de los pueblos de la zona inferior. En primer lugar eran muy superiores en número, gracias á la naturaleza de su suelo templado, y en todas partes dispuesto para el desmonte y el cultivo; además debían á ese predominio de densidad la formación de grandes ciudades y de clases industriales ingeniosas para todos los trabajos, entre otros los de defensa, mientras que las tribus diseminadas en las tierras cálidas del litoral, que no habían de trabajar para su subsistencia, quedaban en la pereza intelectual primitiva, sin pensar apenas en el escaleo de las altas cimas ni en el ataque de sus defensores. Cuando los conquistadores españoles subieron á la meseta, hallándose en condiciones especialmente favorables para la ofensiva, puesto que disponían del caballo y de las armas de fuego, se dieron cuenta de que el imperio de Motezuma, establecido en la cuenca cerrada de Méjico, comprendía la mayor extensión de las pendientes exteriores hasta los dos mares: la iniciativa de la conquista perteneció á los montañeses, lo mismo que en tantos otros puntos de los Andes, del Himalaya y de los Alpes.

Verdad es que por el lado del Norte, la meseta de Méjico, encerrada entre sus dos cadenas limitadoras, que siguen, una el litoral del Pacífico, otra el del golfo mejicano, se abre ampliamente hacia la alta cuenca del río Grande. El relieve del suelo en esta dirección

N.º 386. El inhabitable gran Norte.



no opone obstáculo á las emigraciones ni á las conquistas; de ahí las semejanzas de raza y de costumbres que atestiguan el parentesco de las poblaciones. Es indudable que se han verificado movimientos étnicos en el sentido de Norte á Sud, desde las llanuras del Mississippi hacia el embudo que presenta la meseta de Méjico, gradualmente estrechada en la dirección del Sudeste (Bandelier). En una época

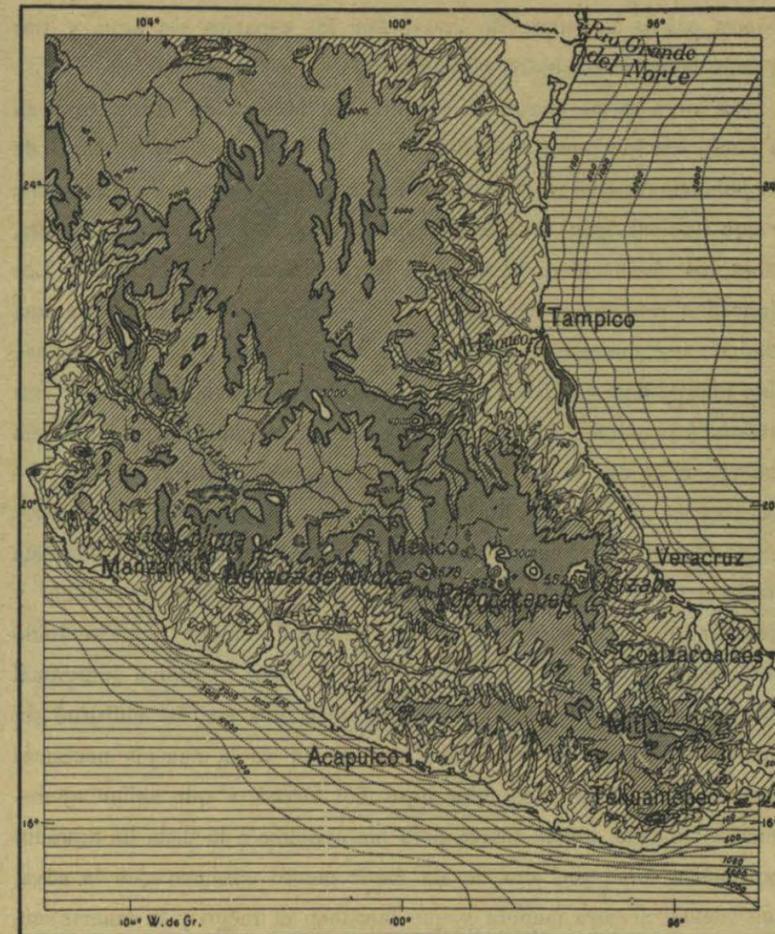
anterior, cuando los glaciares de las Rocosas y de los otros sistemas montañosos de la comarca llenaron de lagos los valles y esparcieron por todas partes aguas corrientes, los espacios que llegaron á quedar áridos y desiertos, que separan el Far-west americano de la meseta templada del Anahuac, se contaban entre los más agradables de la Tierra, y las naciones emigrantes se movían allí con toda facilidad. Entonces debieron hacerse los cambios de civilización entre los ribereños del Mississipi y los habitantes de las altas tierras meridionales, separadas actualmente por soledades y por zonas de escasa población. La extensión gradual del desierto determina cada vez más el aislamiento étnico de los naturales de la meseta mejicana que les permite desarrollarse en su originalidad primitiva.

El contraste existente entre las dos extremidades continentales de Méjico, una dirigiéndose en forma de bastión de fortaleza sobre unos bosques de densa vegetación que llenan el istmo de Tehuantepec, otra extendiéndose en áridas llanuras, se presenta también bajo otra forma entre los dos litorales, el del Este, que mira el golfo de Méjico, el del Oeste, vuelto hacia el Océano Pacífico. La costa oriental se desarrolla en un extenso semi-círculo y limita una mar cerrada: las orillas arenosas y fangosas del Tejas, la pata de oca de las bocas del Mississipi, los bancos coralígenos de la Florida y de sus «cayas», la «lengua de pájaro» en que termina la isla de Cuba, después la masa cuadrilátera del Yucatán limitan este mar interior, no dejando más que dos bocas de comunicación entre las aguas del exterior, el mar de las Antillas y el Océano Atlántico. La concavidad del litoral mejicano formaba, pues, un lazo natural de convergencia para los navegantes que llegaban de las costas circundantes: por esta fachada de la comarca llegaron las conquistas de la civilización exterior, del Yucatán, de la Florida, de las Antillas y, finalmente, los de Europa.

La costa occidental de Méjico, por el contrario, se redondeaba en una larga curva convexa á la orilla de un océano sin límites. Hasta la época de las grandes navegaciones mundiales que empequeñecieron el globo terrestre, esta parte de la orilla oceánica debió quedar solitaria, sin otras relaciones que las del escaso tráfico, de bahía en bahía. Defendida contra las corrientes de fuera por la

península de California que obraba á la manera de un rompeolas de mil kilómetros de longitud, la costa no podía ser punto de arribada de las embarcaciones en peligro, tripuladas por Japoneses ó

N.º 387. La meseta de Anahuac.



Polinesios: más al Norte, hacia la California septentrional, ó mucho más al Sud, á lo largo del litoral chileno, es donde tales naufragios, ocasión de mezclas étnicas, pudieron haber tenido lugar. Hasta puede admitirse que los antiguos Mejicanos hubieran conocido las islas volcánicas de Revilla Gigedo, que elevan sus rocas á 600 kilómetros al

oeste de la costa. Aun por tierra, las emigraciones de tribus y las relaciones internacionales no pudieron hacerse sino con gran lentitud á lo largo de la costa convexa del Méjico occidental, á causa de la falta de un camino natural bien trazado desde una cuenca fluvial á otra: en muchos puntos las comunicaciones se habían hecho penosísimas por la corriente de lavas, por los espacios sin agua y por la existencia de abruptos promontorios.

La obra de la conquista española en Méjico, en Colombia y en el Perú, fué ciertamente facilitada por el estado político y social de las poblaciones que se hallaban entonces en vía de regresión evidente y que hubiera sido necesario respetar más si hubieran conservado, como los Araucanos, la energía de su iniciativa individual. Los Mejicanos reconocían su decadencia, puesto que hablaban de una edad de oro durante la cual las ciencias, las artes y la industria habían prosperado maravillosamente. Se consideraban decaídos, y con fundamento, pero quizá no veían la verdadera causa: una evolución análoga á la que se había realizado en Europa hubiera podido observarse en el Nuevo Mundo; las clases parásitas de los dueños temporales y espirituales, frecuentemente en lucha por la conquista del poder, pero con mayor frecuencia unidos contra el pueblo y reduciéndole al estado de perfecta esclavitud, habían casi concluído por completo la obra de servidumbre, y toda iniciativa individual había desaparecido: los súbditos, transformados en una multitud sin impulso ni fuerza de resistencia, no tenían ya la energía necesaria para arrojar al mar «aquellos hijos del Océano» que solían aparecerseles; apenas tenían fuerza para maravillarse á la vista de aquellos extranjeros cuya piel era de un matiz menos obscuro que la suya, que vestían de otra manera y que lanzaban el fuego y la muerte con un tubo de acero.

Sin embargo, necesitó dos años de esfuerzos Hernán Cortés para dominar la resistencia de Méjico. Cuando desembarcó en 1519, cerca del lugar donde fundó la ciudad de Vera Cruz, no llevaba consigo más que quinientos hombres, pero, no teniendo que combatir con grandes ejércitos, pudo triunfar en detalle de los caciques más ó menos poderosos que le cerraban el paso, y reforzar su tropa con los Indios vencidos que consentían en seguirle, y sobre todo con los

hombres útiles reclutados en las tribus independientes ó hasta rebeldes contra la opresión de los Aztecas; varias veces también tuvo la buena fortuna de atraerse centenares de soldados españoles que su enemigo y rival Velázquez, el gobernador de Cuba, enviaba contra él. Tan astuto como valiente y codicioso, Cortés logró apoderarse



Cl. Sellier.

DIFERENTES MEDIOS QUE EMPLEABAN LOS INDIOS PARA ATRAVESAR LOS RÍOS
De una obra del siglo XVI.

de la persona de Motezuma, el soberano de la nación, y á gobernar en su nombre, haciéndole decretar la sumisión del país al emperador Carlos V y el pago de enormes tributos; pero, demasiado ávidos del goce, los conquistadores no supieron ni quisieron atraerse al pueblo, y en la «noche triste», cuando hubieron de evacuar la ciudad insular de Tenochtitlan, la Méjico de nuestros días, pasando con sus bagajes y sus escasos caballos y cañones sobre la estrecha calzada cortada de puentes que unía la ciudad á la tierra firme, creyeron llegado su último momento. La leyenda se produjo de súbito ante los ojos alucinados de los fugitivos: la madre de Dios y Santiago de Com-

postela, cogiendo en sus manos la bandera de Castilla y de León, condujeron los sobrevivientes á tierra firme, donde se preparon para la reconquista de la ciudad lacustre.

En 1521 la dominación española quedaba definitivamente afirmada en la meseta del Anahuac: sometidos todos los Aztecas y otros pueblos indígenas, se presumían, por ese mismo hecho, convertidos al cristianismo; Cortés, en su ascensión victoriosa á la meseta, había convertido á todos los paganos hallados á su paso, obligándoles á arrodillarse ante la cruz y las imágenes de la Virgen¹; pero esta ceremonia preliminar ni siquiera era indispensable para operar conversiones en masa: bastaba proclamar la toma de posesión. Un fraile, armado con una cruz, pronunciaba algunas palabras latinas ante la multitud de los indígenas, después un notario leía un documento oficial, apenas comprensible para los mismos Españoles, atribuyendo al «rey católico», en propiedad legítima y sagrada la inmensidad de los territorios desconocidos, y era cosa hecha: á partir de aquel momento los religiosos podían declarar relapsos á los Indios que no se conformaran con los ritos impuestos, y los soldados castellanos, convertidos en servidores del Santo Oficio, adquirirían el derecho de robo y de pillaje, de tormento y de matanza. Se llegó hasta contentarse con un simple simulacro de ceremonia pública, limitándose á simbolizar la conquista y la conversión. En 1538, el fraile Marcos de Niza, que se adelantó el primero sobre una colina desde donde se veía á lo lejos una de las poblaciones del misterioso país de Cibola, al norte del río Grande, amontonó apresuradamente algunas piedras para plantar allí dos ramas en forma de cruz y apoderarse oficialmente del «nuevo reino de San Francisco», que representaba los países actuales del Nuevo Méjico y del Arizona, huyendo en seguida «con más miedo que viveres», como lo expresa él mismo².

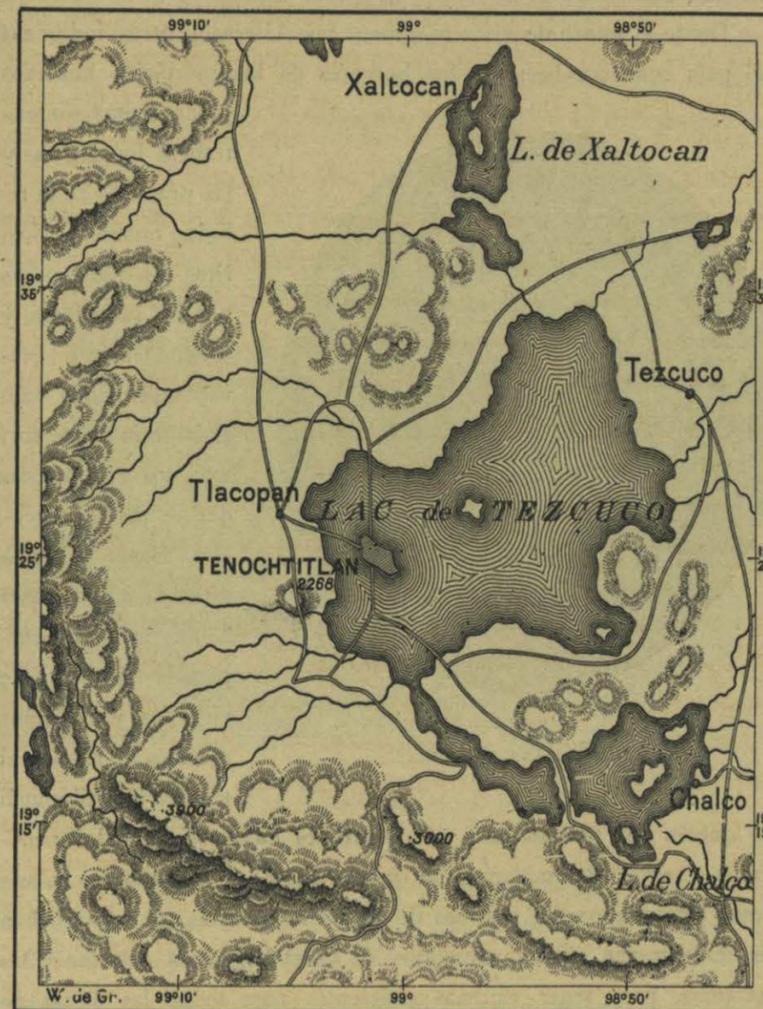
La conversión impuesta por los Españoles se realizaba tanto más rápidamente cuanto que los indígenas vivían hacía ya mucho tiempo bajo el imperio de las alucinaciones religiosas; no se admiraban de ningún milagro y se prosternaban fácilmente delante de todos los

¹ Bernal Díaz del Castillo.

² F. A. Bandelier, *Memorias diversas*; F.-W. Hodge, *The American Anthropologist*, Abril de 1895, vol. III, n.º 2.

ídolos nuevos con la misma fe que ante los antiguos. Los Españoles, queriendo hacer creer á los Indios que el blanco era un ser

N.º 338. Tenochtitlan y su laguna.



1: 500 000

0 10 20 30 Kil.

inmortal, aunque algún cadáver de los suyos hubiese quedado en los combates, se guardaban bien de exponer el crucifijo¹, pero exhibían

¹ Remesal; — Aubin, *Mémoire sur la Peinture didactique*.

siempre la imagen de la Virgen María ó «Gran Señora», la Tegleguata, que después, hasta durante la guerra de la independencia de Méjico, fué la patrona de Méjico bajo el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe.

Desde el punto de vista religioso, los Aztecas y otros indígenas del país conocían bastante los horrores de los sacrificios humanos



PIEDRA DEL CALENDARIO MEJICANO

Cl. Sellier.

para aceptar sin extrañeza los dogmas y las prácticas de la religión cristiana. Los ritos introducidos por los sacerdotes, y constantemente agravados por ellos bajo el imperio del terror, eran los más atroces que se pueda concebir. Hasta la harina ofrecida á los dioses había de estar empapada en sangre de vírgenes y de niños muertos de miedo; el terrible Huitziloputzli

no quería por ofrenda más que corazones humanos, pero los necesitaba á miles: las matanzas de que se habían encargado los sacerdotes «desolladores», vestidos de pieles sangrientas, se continuaban sin interrupción en los mataderos de hombres. Para entretenir las matanzas, para tener víctimas suficientes para todas las fiestas de dedicación y de inauguración, para bañar las paredes de los templos en sangre de cautivos, se proclamaban «guerras sagradas» y se condenaba por tratados á los vencidos á suministrar numerosas víctimas. Los Mejicanos tenían también su Eucaristía: comían la carne de aquellos á quienes habían hecho dioses.

Comparada con semejante régimen, la Inquisición debió parecer dulce á los nuevos fieles de la Iglesia. Si la población de Méjico

disminuyó notablemente, débense considerar como causa las miserias de la esclavitud. Oficialmente no podían ser reducidos los Indios á servidumbre, puesto que se habían apresurado á hacerse cristianos, á entrar en el gremio de la Iglesia universal, pero de hecho se les trataba más duramente que á los negros, porque eran más débiles. La repartición del país en grandes territorios, que el rey concedía á los personajes civiles ó religiosos, trafa consigo la distribución del



Cl. Lippincott.

PIEDRA DE SACRIFICIO ENTRE LOS MEJICANOS

pueblo en chusmas de desgraciados á quienes se abrumaba con el trabajo, y en quienes se cebaban las enfermedades contagiosas, llevadas de Europa, hasta el punto de perecer poblaciones y distritos enteros. La raza pura parecía destinada á desaparecer, y realmente sólo se ha conservado en países apartados. Entre las civilizaciones locales que se extinguieron casi por completo, puede citarse la de los Zapotecas, los inmortales removedores de tierras, que modelaron de nuevo en plataformas y en pirámides montañas enteras en kilómetros cuadrados de extensión, los hábiles constructores de los palacios de Mitla, los arquitectos que igualaron á los de los mejores tiempos de Grecia y de Roma por la perfección en el corte y en la

colocación de las piedras¹; cerca de cuatro siglos después del paso de los devastadores por el país, se descubren con admiración aquellas hermosas ruinas, con sus jeroglíficos y sus decoraciones sorprendentes². El Anahuac se hubiera despoblado por completo si los inmigrantes españoles, á imitación de Cortés y de otros conquistadores, no hubiesen en gran mayoría tomado Indias por mujeres, y si la nación no se hubiera mezclado á fondo, reemplazando los Nahuas de origen puro por hombres de sangre mezclada, unidos á la vez al tronco de los aborígenes y al de los Españoles, que representan á su vez tantas mezclas étnicas.

Estas uniones de raza á raza contribuyeron en gran parte á conservar el tesoro de las antiguas leyendas y facilitaron la reconstitución de los recuerdos nacionales desde una época lejana anterior á la conquista cerca de un millar de años. En aquella época, los Mejicanos ó Aztecas, de raza «nahuatl» como los indígenas de la América Central, constituían ya una nación que tenía conciencia de sí misma y poseía una verdadera unidad de civilización que respondía á la unidad geográfica de la meseta de Anahuac. Los progresos científicos de los habitantes se habían realizado de una manera perfectamente original, sin intervención de las influencias asiáticas imaginadas por gran número de autores³. No solamente los Mejicanos tenían los oficios que indican en todas partes el principio de la civilización, sino que también practicaban las artes, arquitectura, pintura y escultura, y hasta con la palabra Toltecas — *toltecatl* artistas — se conoce una de sus tribus, que desde el siglo VII al XI fué la más poderosa entre los Nahuas de la meseta. La lengua nahuatl, que todavía se habla en Méjico junto con el castellano, pero que ha perdido la mayor parte de las palabras del antiguo idioma literario, atestigua por su extremada riqueza en términos abstractos el elevadísimo desarrollo intelectual que había alcanzado la nación. En tanto que en casi todos los países nuevos, los traductores de la *Biblia*, de la *Imitación* y otras obras místicas tenían gran dificultad para reproducir en el idioma del país el sentido del original, no les costó el

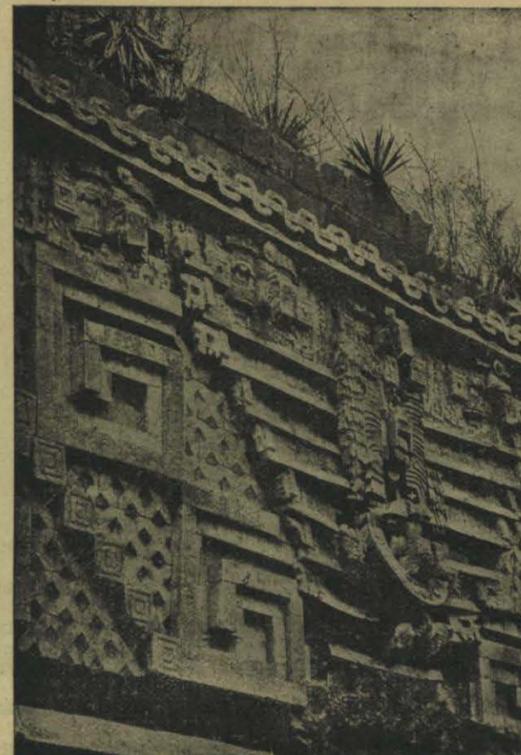
¹ Viollet le Duc; — Charney, *Cités et Ruines américaines*.

² W. H. Holmes, *Archological Studies among the ancient Cities of Mexico*.

³ Cyrus Thomas; — Alfred Chavers, etc.

menor trabajo su traducción en azteca. Si los Mejicanos no tenían escritura cursiva propiamente dicha, transmitían muy bien sus ideas por medio de jeroglíficos pintados sobre las hojas del maguey ó de otro «árbol de papel», ó grabados sobre madera ó piedra, y dibujaban también mapas

geográficos y celestes. Siendo hábiles astrónomos, como lo atestiguan la piedra conservada en la catedral de Méjico y el «codex» de Dresde, Aztecas y Mayas dividían perfectamente el año en dieciocho meses de veinte días, á los que se añadían cinco suplementarios, luego doce ó trece, según los cálculos, después de cada ciclo de cincuenta y dos años, considerado como el período normal de la actividad humana. En el museo de Méjico se halla un calendario esculpido en piedra que



Cl. W. H. Holmes.

ESCULTURAS DE UN PALACIO EN UXMAL

La longitud del muro esculpido alcanza 221 metros y comprende 2,000 piedras de 15 centímetros por 30. Una cruz blanca indica el sitio de donde ha sido desprendida una cabeza esculpida.

es uno de los más preciosos monumentos de la antigua civilización. Los edificios construídos por los Aztecas fueron todos arrasados, á excepción de las pirámides escalonadas, templos del sol, semejantes á los de la Caldea; de ellos quedan todavía algunos, de los cuales se han desprendido las piedras y parecen actualmente colinas naturales de ancha base: cultivos, árboles y en la cima iglesias católicas han ocupado el lugar de los antiguos ornamentos arquitectónicos de la pirámide.